

fué depositada provisionalmente en el cementerio latino del monte Sión. Seis meses después el marqués de Nicolay pidió que el cuerpo de su hija fuese colocado en una caja de zinc, lo cual fué ejecutado. La exhumación tuvo lugar en presencia de muchos testigos, entre los cuales figuraba el San Antonio de Tivoli, entonces Secretario de Tierra Santa, y posteriormente Guardián y Cura de la importante parroquia de Alejandria.

Una ilustre dama hace pocos años que visitó el lugar donde descansa el cuerpo de la señorita de Nicolay, dice: «No esperaba yo hallar en la sepultura sino huesos y polvo; pero cuál no fué mi admiración al ver el cuerpo todo entero, sin otra alteración que un poco de enmohecimiento en una de las mejillas. Cualquiera hubiera dicho que era una persona, no muerta, sino dormida. El vestido, este grosero hábito de San Francisco con el que quiso ser sepultada, estaba igualmente intacto, y sólo la almohada sobre que estaba apoyada su cabeza se había alterado.» Téngase en cuenta que estos hechos son tanto más extraordinarios, cuanto que la tierra es tan corrosiva en estos países, que en dos ó tres días consume todos los cadáveres. Depositada en una doble caja de zinc y madera, fué de nuevo confiada al monte Sión hasta el día en que, terminado su sepulcro y obtenido el permiso de la autoridad eclesiástica, pudiese ser trasladada á Emaús. La traslación tuvo lugar el 8 de julio de 1872.

La tumba es la misma sencillez: en el lado del Evangelio é inmediatamente después de la balastrada del altar mayor de la iglesia hay, á lo largo de la pared, una cavidad que encierra la caja y que está cubierta por una grande plaza de mármol, sobre la que están grabadas las siguientes palabras:

PAULINÆ. NICOLAY. MARCH.  
SORORI. FRANCISCALI. ORDINIS. TERTII.  
QUÆ. HIEROSOLYMÆ.  
IN. CASA-NOVA. PEREGRINORUM.  
OBDORMIVIT. IN. DOMINO.  
V. ID. JUN. AN. MDCCCLXVIII.  
CUJUS. EXUVIÆ.  
E. CEMETERIO. SACRI. MONTIS SION.  
PERMISU. PRÆSIDIUM.  
HEIG. QUO. OPTAVERAT. TRANSLATÆ.  
ET. COMPOSITÆ. SUNT.  
ANNO. IV. DIE XXIX.  
AB. OBITU. EJUS.

En frente de ésta hay otra inscripción que recuerda la bendición solemne de la iglesia, rescatada gracias á los cuidados de la Marquesa, y su expresa voluntad de que se confiara á los Franciscanos. Dice así:

ÆDEM. HANG.  
QUAM. PAULINA NICOLAY. MARCH.  
ÆRE. SUO. AC. SUORUM. REDEMIT.  
ET. P. P. FRANCISCALIBUS  
ATTRIBUTAM. VOLUIT.  
VINCENTIUS. BRACCO. EP. MAGIDANUS.  
PATRIARCHÆ. HIEROSOLYMITANI.  
ADJUTOR. ET. VICE. SACRA. FUNGENS.  
SOLEMNIBUS. CÆREMONIS. LUSTRATAM.  
SACRO. PERACTO.  
NUMINI. OMNIPOTENTIS. DEI  
PUBLICÆQUE. POPULORUM. RELIGIONI.  
DEDICAVIT.  
KAL. JUL. ANNO. CHR. MDCCCLXXII.

En presencia de la tumba de esta mujer, cuya vida fué toda llena de buenas obras, cuya memoria es tan grande y cuyos destinos eran providenciales, el alma queda absorta por un sentimiento en el que se confunde la emoción que se experimenta al contemplar el féretro de una persona que renuncia á los goces tan buscados por el mundo y la ternura que inspira el altar santificado por las reliquias de una santa.

He aquí un documento inédito que revela claramente el lado sobrenatural de la existencia de la marquesa de Nicolay. Es una carta que su confesor, el P. Jaime Rodó, Franciscano español de la provincia de Cataluña, muerto en olor de santidad ventidós años hace en el convento de San Salvador, escribía al cardenal Beardi:

«Emmo. Señor:

»Dejando á Jerusalén para dirigirse á Roma el Rdo. P. Fray Antonio de Tivoli, he querido aprovechar la ocasión para dirigiros esta carta y prosternarme humildemente á los pies de V. Emma.

»Habiendo sido por espacio de once años confesor y director de la marquesa Paulina de Nicolay, de la que era V. Emma. el más insigne protector sobre la tierra y verdaderamente el ángel consolador que le fué dado de mano de Dios por su Vicario, el ilustre Pío IX, creo de mi deber el hacer llegar á V. Emma. una breve relación de la vida interior de esta alma privilegiada.

»Nada diré de sus virtudes, elevadas todas á un grado heroico, ni de los rigores y privaciones con que inmoló su cuerpo virginal; tam-



poco hablaré del martirio que tuvo que sufrir en Tierra Santa, en donde el demonio y los hombres la persiguieron á porfía, ni cómo en todo el curso de su vida jamás manchó, según mi juicio, la estola de la inocencia bautismal ni aun siquiera con un pecado leve voluntariamente cometido, porque estas cosas traspasarían los límites de una simple carta. Tan solo referiré algunos de los favores extraordinarios de que fué objeto.

»En el primer lustro de su vida, hallándose en el campo con su familia, salió un día, acompañada de su aya y hermanos, en dirección á un lugar cercano á divertirse. Habiéndose alejado algún tanto los demás y quedado sola, vió aparecersele un ser extraordinario bajo la figura de un peregrino, á quien, á petición suya, ofreció una parte de las provisiones destinadas para su comida campestre. Cumplido este acto de caridad, entabló el desconocido una conferencia espiritual con ella, exponiéndola toda la doctrina cristiana, los misterios del fin del hombre, la vanidad de la vida mundana....; y á medida que él hablaba, la niña sentía iluminarse su inteligencia é inflamársele el corazón, con vivos deseos de poner en práctica lo que había aprendido con tanta precisión y claridad. Continuando su plática el peregrino, le manifestó la grandeza y sublimidad de la Encarnación en sus relaciones con los hombres, los tiempos, los lugares y los monumentos, inspirándola un ardiente deseo de ir á visitar la Tierra augusta que de ella había sido teatro. El se ofreció al mismo tiempo á ser guía en todos los viajes que en lo sucesivo emprendiese, así como también á servirla de maestro en la vida espiritual, prometiéndola en todas las circunstancias una asistencia especial y divina.

»Quedó Paulina tan aficionada á este celestial peregrino, que hubiera querido tenerle siempre presente, lamentándose con humildad cuando tardaba en aparecer. Desde la edad de cuatro á los seis años se dirigía á una habitación contigua á la suya para conferenciar allí con Jesucristo. Veíale levantado de la tierra y oía que la invitaba á que se acercase á él; pero siendo muy pequeña y hallándose desprovista de escalera, le era imposible el conseguirlo; finalmente, apareció la escalera y pudo llegar á besar el sagrado costado del Salvador. Este favor fué seguido de otros muchos, al mismo tiempo que se multiplicaban las gradas de la misteriosa escalera, cada uno de los cuales correspondía á un grado de la perfección religiosa.

»He dicho que la Marquesa fué favorecida con gracias excepcionales desde los primeros años de su vida; pero podría más bien decir desde su nacimiento, porque cuando vino al mundo brilló sobre su frente una

estrella, que sus padres advirtieron con admiración y miraron como al presagio de un destino extraordinario.

»Educada en el convento del Sagrado Corazón, de París, tomó allí el hábito é hizo sus primeros votos, con la previsión de que en el tiempo oportuno saldría para lanzarse por la otra carrera, á la que la llamaba el cielo que la quería peregrina en Tierra Santa, bajo las insignes libreas de la religión seráfica. Llegado el momento, salió del monasterio y comenzó su vida de peregrinación á los más célebres santuarios de la redención humana. Pero ¿de qué manera? Verdaderamente este es el caso de exclamar: *Mirabilis Deus in Sanctis tuis*.

»Obtuvo del amor divino una espina, que se fijó en su ojo derecho, en memoria de la que penetró hasta el ojo de Jesús, cuando los verdugos le hundieron en la cabeza con tanta crueldad la sangrienta corona. Á nadie quiso revelar el secreto, y su enfermedad era atribuida á una causa natural. Por obediencia al mismo Salvador se sometió á la cura de los médicos; pero fueron inútiles todos los remedios empleados, quedándole la herida hasta el fin de su vida. Su padre la obligó á hacer diversos viajes, que sino proporcionaron alivio alguno á su salud, fueron muy provechosos á su alma, permitiéndole visitar los más célebres santuarios y sacar de sus visitas las más copiosas gracias. En Colonia visitó el sepulcro de los Reyes Magos, quienes se le aparecieron, prometiéndola acompañarla en todas sus peregrinaciones y asegurándola que ni á ella ni á sus compañeros de viaje les acontecería ningún mal accidente. Confiada en esta promesa, despreciaba todos los peligros de mar y tierra, y guardaba la misma serenidad en medio de las embravecidas olas que en los escabrosos caminos de la Palestina.

»El 30 de octubre de 1854 tomó en Anuecy el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, y el 15 de agosto del año siguiente hizo su profesión en Asís; profesión que renovó después en Malta, en manos del P. Buenaventura de Solero, entonces Custodio de Tierra Santa. Un favor extraordinario, y que no sé si habrá sido jamás concedido á otra mujer alguna, le esperaba en aquella isla. Se le apareció el patriarca de Asís y la recibió en su primera Orden, asegurándola que los Franciscanos nunca la abandonarían y que la proveerían siempre de todo lo necesario. En retorno de un beneficio tan insigne, se consideró como una verdadera hija de San Francisco, mostrándose desde aquella ocasión muy exacta observante de la regla de nuestro gran Patriarca. Además recibió en Loreto el dón de las llagas en sus manos, pies y costado, de las que diariamente salía copiosa cantidad de sangre, sintiendo en ellas dolores acerbísimos. Con tales sellos impresos en su



cuerpo por el amor divino, abordó la Marquesa á esta bendita tierra bañada con la sangre del Redentor.

»Vi más de una vez las llagas de sus manos, y puedo asegurar, con juramento, que eran semejantes á desgarraduras hechas por un clavo y que traspasaban las manos de parte á parte. A fin de que su aya ignorase el hecho, llevaba siempre guantes y lavaba por sí misma los pequeños trapos bañados con su sangre. Cuando por causa de su enfermedad no podía tomarse este cuidado, lo hacía yo por mí mismo, y en mi ausencia el P. Buenaventura, su director extraordinario. Era tan celosa de su secreto, que hubiera renunciado á tan grande privilegio antes que manifestarlo. Ocho años le duró este favor, y un día que hacía oración en el Calvario le manifestó el Salvador el momento en que cesaría.

»Las apariciones celestiales eran frecuentes y casi diarias, excepto en los cinco últimos años de su vida en que fueron más escasas. El Salvador, la Virgen Inmaculada, San José, los Reyes Magos, San Francisco y San Antonio de Padua, eran los que la visitaban más á menudo. Gozaba además de la presencia visible de su santo Angel.

»En Belén, veía á Jesús infante, yendo él mismo á ponerse en sus brazos llamándola su Esposa. En el Calvario se dejaba ver crucificado y agonizante haciéndola participar de sus dolores; y en el Santo Sepulcro se le aparecía en la gloria de su Resurrección.

»Hallándose enferma en el lecho, mereció más de una vez comulgar sacramentalmente por el mismo Jesucristo. Del altar partía la Sagrada Hostia por su propio movimiento, é iba á ponerse sobre la lengua de esta alma evangélica que gustaba entonces las delicias del Paraíso.

»Tenía además la Marquesa el dón de penetrar los corazones y de leer claramente en el fondo mismo de las conciencias de aquellos á quienes con su protección podía hacer bien. Entraba en espíritu en la celda de los religiosos, y sus visitas jamás eran inútiles. Le fueron reveladas muchas cosas sobre la futura conversión de los turcos, sobre la propagación de la Orden Seráfica, sobre el próximo triunfo de la Iglesia y sobre el gran número de aquellos que mueren impenitentes en apariencia, y, sin embargo, se salvan por la intercesión de Maria que les obtiene en aquellos instantes el arrepentimiento.

»Estaba casi siempre rodeada de almas del Purgatorio, que la suplicaban multiplicase sus sufragios en favor de ellas; y cuando obtenían su libertad, iban á darle las más rendidas gracias y las veía después volar al cielo. Entre estas almas santas que se le aparecieron, sólo haré mención de mi madre y mis dos hermanas, muertas en España. La

joven no las había visto jamás en vida, y con todo eso me hizo de ellas un retrato de maravillosa exactitud, como una persona que hubiera vivido largo tiempo en su intimidad.

»¿Pero quién podrá contar la guerra que le hicieron los demonios? Estos malignos espíritus se le aparecían de día y noche bajo mil formas diferentes, hasta hallándose sobre las gradas del confesonario cuando se disponía para confesarse. ¡Oh! ¡Cuántas veces iban estos espíritus rebeldes á danzar y gritar en su habitación, anunciándola con infernal algazara que Pio IX había muerto! ¡Oh! ¡Y cuán furiosos estaban sobre todo por su celo en procurar la gloria del santuario de Emaús! Cada memoria que escribió con este objeto, le costó casi un sudor de sangre. Apenas acabadas de escribir, se las arrancaba el diablo de las manos, las reducía á menudos pedazos y las cubría de tinta. Recurría á menudo á mi asistencia, á fin de que, mediante los exorcismos, ó por mi solo carácter sacerdotal, constrñese al demonio á que no la atormentase. Un día se vió precisada á comenzar quince veces una carta que escribía á V. Emma. Otro me hizo llamar de la iglesia para darme conocimiento de una nueva carta igualmente destinada á V. Emma.; pero apenas terminé su lectura y di la aprobación, cuando la arrebató el demonio en presencia mía, la hizo toda pedazos y la esparció por toda la iglesia.

»Y entre tanto estaba el correo para partir sin que quedase ya tiempo para reparar el daño..... Ordené yo entonces á la Marquesa que reuniese todos los pedazos de la carta destrozada y los colocase sobre el altar de la Inmaculada Concepción, suplicando á la Virgen que proveyese á aquella urgente necesidad. Obedeció al punto, y Maria oyó con un milagro las oraciones de su amantísima hija..... Inmediatamente se reunieron en la debida forma los pedazos de la carta, sin que quedase el menor vestigio de haber sido rasgada. Testigo del prodigio, tomé al punto en mis manos aquellas hojas milagrosas: las plegué, cerré, y sellé, y las llevé inmediatamente al correo.

»Y añadido que este prodigio no fué aislado. ¡Cuántas cartas habrán llegado á V. Emma. que habían sufrido las mismas peripecias! Pero..... lo dicho es más que suficiente para que V. Emma. continúe protegiendo el santuario de Emaús como lo protege desde el cielo la piadosa terciaria.

»Una cosa me resta por decir. Seis días después que esta bella alma abandonó el destino de este mundo se apareció á un religioso de esta Comunidad revelándole muchas cosas que se han verificado..... Estas apariciones se han repetido muchas veces, no en sueño, sino en vela. Este hecho y la intacta conservación, así de su cuerpo como de sus